Lucinda y Lucero

Aline Pettersson

¿Cómo registrar las formas en que las mujeres ven transformado su papel en la sociedad mexicana? ¿Qué tanto han perdido y han ganado con el paso de las décadas durante las cuales su participación en los ámbitos de la sociedad y la cultura se ha modulado a una gran velocidad? La novelista Aline Pettersson reúne escritos de distintos momentos de su vida en torno a estos temas.

A Lucila Aldama

Palabras liminares

De vez en cuando suelo revisar el vientre casi elástico del baúl de madera donde conservo mis escritos. Hojas y más hojas reunidas por años, por muchos, muchos años. Unas salieron de la *Lettera* 22 pero hará un cuarto de siglo que la computadora ocupó su sitio. Hay veces en que el desorden de papeles es tal que ni la panza de una ballena sería capaz de acogerlo todo. Así sucedió este año cuando hallé estas páginas y decidí concluirlas.

El trabajo fue escrito con lustros o varias décadas de distancia. Bordea el papel de las mujeres en la sociedad mexicana. En mi generación, la mayoría quedó atrapada. Claro que hubo mujeres que ampliaron sus horizontes desde sus años de formación; algunas, como yo que fui vencida entonces, lo hicimos algo más tarde y un buen número permaneció sujeto en una telaraña de resignación amarga.

Los textos son producto de mis charlas con Lucila Aldama; el primero está fechado en 1970, los dos últimos en 2014. A pesar del tono fantasioso de la escritura, se basan en lo que hemos hablado o nos hemos escrito a lo largo de nuestras vidas.

A ella los dedico. (*Octubre 21, 2014*).

Lucinda

Se encuentra Lucinda presa
dentro de una telaraña,
sin atreverse a tocar
los hilos de la maraña.
Tanto giró en su desvelo
que fue cayendo muy hondo;
allí tiembla temerosa
atada siempre en el fondo.
Ve pasar brillos fugaces
de luciérnagas doradas
y ve pasar mariposas
sin atender su llamada.
La noche escupió su negro,
poblada de extraños ruidos
que la apremian a salir,
a zafarse de los hilos.
Los luceros aparecen,
las estrellas y los grillos
y Lucinda sigue presa
dentro de un jardín florido.

Verde es la prisión traidora
que la sujeta inflexible.

Verde es el mundo a su lado.
Verde la distancia triste.
De lianas y ramas verdes
está la selva cuajada.
Verde es el limo del río.
Verde es la telaraña.
Está Lucinda perdida
entre los hilos de seda.
Quisiera seguir volando.
Quisiera emprender carrera.
Y piensa llena de angustia
en mil despertares frescos.
¡Cuántas gotas de rocío!
¡Lirios y jazmines bellos!
Lucinda ya no combate.
Vuelve su vista hacia dentro
añorando lo pasado,
avivando sentimientos.
Y percibe en sus entrañas
cómo se aleja la fuerza,
pero nada ya le importa
aterida de pereza.

Cuando al fin fue de mañana,
plena de color y canto,
esa angustia de Lucinda
no era ya siquiera llanto.

Diálogo

Lucinda: ¿Por qué vienes a verme? Me angustia sentir tu mirada interrogante horadándome. Pesa tanto…

Lucero: Imposible evitarlo. Tú y yo nos conocimos para completar un círculo. Tú me necesitas tanto como yo a ti.

Lucinda: No quiero necesitarte. No deseo saber nada. ¡Vete!

Lucero: ¡No! Vine aquí con una pregunta. Una pregunta tan sólo.

Lucinda: Quisiera sellar mis oídos. Huir. Huir. No digas nada. No me aflijas más.

Lucero: Debo preguntarte. Debo saber. Mi pregunta es sencilla, muy sencilla, pero quiero una respuesta, la tuya.

Lucinda: Sigue tu camino. ¿Por qué ha ser mi respuesta? Mis labios están secos mientras por mi cabeza revolotean pensamientos como mariposas negras.

Lucero: ¿En qué se ocupa una mujer al pardear la tarde? ¿En qué se ocupa?, dime.

Lucinda: No me atormentes. Ve a otra con tus dudas.

Lucero: He ido. No sabes cuánto he preguntado. Pero quiero tus palabras. Es sólo aquello que tú digas lo que tendrá valor para mí. He preguntado tanto. He oído tanto…

Lucinda: ¿Qué te han dicho?

Lucero: Tras cada respuesta, más deseé venir a verte. Necesito saber. Hubo quien me habló de cantar una canción de cuna. De mecer al hijo entre los brazos, de ponerlo junto al pecho para sentir sus latidos acompañando el canto. Dejar que llegue la noche arropada en el amor materno… Yo no tengo un hijo pequeño a quien arrullar.

Lucinda: No, no lo tenemos. Ya no lo tenemos. Mis hijos volaron en busca de caminos nuevos, de otros horizontes. Se fueron a vivir como conquistadores

Joaquín Sorolla, *Mar de tormenta*, 1899

por un tiempo. Así harán los tuyos. Es sólo por un tiempo, hasta que…

Lucero: Lucinda, quiero saber.

Lucinda: ¿Y qué más te dijeron?

Lucero: Me hablaron de esperar la noche con una labor entre las manos. Me hablaron del lento pasar de las horas llenando un lienzo con hilos de colores y de las imágenes que brotan en él al cabo del tiempo. Pero ya he llenado muchos. ¡Ya no puedo! ¡Ya no quiero! ¿Qué hacer con ellos después? ¿O no terminarlos nunca? Coser y descoser como Penélope.

Lucinda: Ella tenía una esperanza.

Lucero: Penélope tenía una esperanza, y yo sólo tengo un arcón lleno de tapices exquisitamente bordados.

Lucinda: ¿Te hablaron de la amistad?

Lucero: Sí me hablaron; pero no sentí que eso que decían fuera en verdad la amistad.

Lucinda: No lo es. Hace tanto que yo lo sé… Es desovillar y compartir experiencias inanes, siempre dentro de una cárcel. Asomarse, desde ahí, tímidamente por una rendija. Atisbar hacia afuera y seguir caminando después sola dentro del cuadrado de esas paredes añorando, añorando.

Lucero: De esa clase de amistad me hablaron. Era de esa. Yo no la quiero, y por eso vine. Sí, por eso vine.

Lucinda: ¿Y cómo estás tan segura que mi respuesta es la que buscas?

Lucero: Somos círculos concéntricos, donde tú terminas, empiezo yo. Tú eres el pasado, pero tu pasado no te pertenece, porque será el mío.

Lucinda: Y tú eres el presente. Ese presente que es mi pasado. Ese presente que yo viví, y que a través tuyo se eterniza.

Lucero: Mi presente que es ya tan largo…

Lucinda: Mi pasado, tu presente. Círculos. Círculos.

Lucero: ¿En qué se ocupa una mujer al pardear la tarde?

Lucinda: ¡No quiero hablar! ¡No quiero decir nada! Si aún estás a tiempo, guarda las otras respuestas, son más sencillas. Quizás aún no sea demasiado tarde para ti. Quizás aún puedas cerrar los ojos. No ver.

Lucero: Bien sabes que es imposible. No tiene sentido. ¡Ayúdame!

Lucinda: No puedo ayudar a nadie.

Lucero: Antes de venir a verte, busqué, busqué mucho. Cada vez mi laberinto se fue complicando más, y siempre al final me topé con un muro. El muro de esa cárcel a la que no voy a volver. Nunca te he dicho que del muro pendía un espejo, y yo buscaba mi imagen, pero sólo se reflejaba la tuya. Siempre la tuya. Es tu pasado viviendo en mi presente.

Lucinda: Mi pasado viviendo en tu presente.

Lucero: Lucinda, respóndeme. Quiero saber.

Lucinda: No puedes, Lucero, hacerme esa pregunta. Bien sabes que la respuesta yo no la tengo.

Joaquín Sorolla, *Rocas de Jávea y el bote blanco*, 1905

Lucero: ¿Es que no existe acaso?

Lucinda: Mi pasado y tu presente unidos en busca de un futuro. El futuro lejano, brumoso que desearíamos las dos atisbar ahora.

Lucero: Y saber.

Lucinda: Tengo miedo.

Lucero: De saber que mi futuro es sólo la prolongación de tu pasado sin esperanza.

Lucinda: Prefiero ignorarlo y volver a vivir mis ansias en las tuyas. Soñar y observarte y desear que tu futuro no sea mi presente y que tú descubras lo que a mí se me escapó. Que tú logres hallar el camino.

Lucero: El camino. Pero, ¿cuál es el camino?

Lucinda: Me preguntaste qué debes hacer al pardear la tarde. Yo no lo sé, pero cuando la noche se deja venir, se llenan los aires de chispas, de gusanos de luz. Sorpresas. Y cada una es un alto placer momentáneo. Goza así los encuentros que la vida te ofrezca, y evócalos después. Adórnalos, desnúdalos, pero consérvalos, y construye con ellos —si puedes— un castillo de luz.

Con dolor te digo que no tengo mejor respuesta que darte, pero óyeme bien, si tú la hallas, regresa a confiármela. También yo quiero saber.

Lucinda

A través de la puerta lejana se deshace el mar tal como yo me deshago. Apenas puedo distinguirlo y ya no oigo sus murmullos. Sólo consigo ver más y escuchar mejor si el viento ruge y lo encrespa; también creo percibir su furia entre las palmeras que se blanquean unos instantes con la espuma. Esa furia veloz fue mi vida. Pero la calma marina en otros momentos también me reflejó en una paz dilatada que iba a infiltrarse por profundida-

des de mi interior: extraña medida del tiempo sin unidad que lo encuadre.

El mar soy yo.

Caminé a lo largo de su orilla día tras día, rodeada por su huella salina y el viento agitando las crestas de los árboles, agitándome el pelo y el sol derramándose en la arena hasta volverla brasa. Así, los elementos me curtieron, me tatuaron la piel que hoy es sólo cicatriz, herida seca esta piel carcomida por los años.

Hace mucho regresé al mar; hui de la ciudad que encarcelaba mis deseos, que me emparedaba como a aquella libélula presa, incapaz de mecerse en las alturas. Sí, luché con denuedo y dolor, el mío, el de los otros, hasta alejarme de ellos que no comprendían mis razones, que acaso no les ofrecí. No las sabía, sabía sólo que iba a morir de no hacerlo.

Aguzo la vista en el umbral al que ahora llego con tantas dificultades. Las piernas se niegan a sostenerme, el camino me parece más largo que el trayecto de vuelta al mar. Me apoyo en el marco de la puerta donde atisbo una fracción ínfima de mundo. ¡Miento!, me muestra un gajo de mar, mi mar, y más ya no me interesa.

El mar soy yo.

El tiempo se llevó a aquellas personas tan amadas, con quienes compartí esa parte de la vida para la que es preciso hermanarse en secreto, en la complicidad de oídos y lenguas y miradas de quienes antes o después indagaron en aquella dirección. Porque esos pasos fueron algún día o iban a ser algún día también los suyos. Lenguaje oculto que de pronto brotaba en un guiño de reconocimiento. Lenguaje empecinado en la lucha por el descenso a las honduras del alma para impulsarse a la luz de la pasión. Para seguir por la trayectoria ardiente aunque hoy el cuerpo tropiece, aunque la fuerza huya, aunque la memoria se cubra de pasado, ya no de espera deseosa. ¿Qué puedo yo esperar hoy más allá del vaivén de las olas?

Mis años transcurrieron en el mar, en la ciudad y de nuevo en el mar. El mar fue mi cuna, será mi tumba. Me hace señas la muerte, y yo le agito la mano en señal de bienvenida, la aguardo con impaciencia. Pero a mí no quiere llevarme como los llevó a ellos uno a uno, los seres que habitaron mi tiempo con sus risas, con sus penas, con su cercanía, con sus caricias febriles. Uno a uno se me fueron hasta casi dejarme deshojada de afectos, huérfana yo de ellos, huérfana de mí. Mi carne marchita ya no puede despertarse y recordar el tacto de otra mano, los labios ardorosos, el abrazo. No, mi carne no se aviva con recuerdos que ya ni siquiera tengo.

¡Templo del Tiempo, que un suspiro asume!
A esta pureza subo y me acostumbro,
Mi marina mirada rodeándome.

Mi mar es templo del tiempo, dice Valéry, digo yo, asomada al dintel donde lo miro desde lo alto sin poder aproximarme ya, sin que moje mis tobillos frágiles. Mis tobillos que cargan el peso de nueve largas y fugaces décadas. Desde aquí sola en la contemplación brumosa del ir y venir del oleaje que imagino eterno. Llevo su azul siempre conmigo.

Aquí, de pie, miro pasar el tiempo.

LUCERO

Y respecto a la que huyó al mar te puedo decir que dejó allá, bajo aquel árbol los recuerdos más queridos; que el mar se los llevaba pero cuando menos pensaba se los devolvía.
LUCILA ALDAMA

Joaquín Sorolla, *Estudio de mar en Valencia*, 1904

Joaquín Sorolla, *Jávea*, 1905

Lucero deja correr la vista hacia el cielo atardecido y cambiante. Sus fulgores son más ricos que los suntuosos colores de Venecia. Acaso —piensa— es aquella ciudad y sus maravillas navegando entre nubes iluminadas por el ojo oculto de Dios. Porque la fuerza áurea de los rayos, los rojos cada vez más variados la llevan a soñar, a imaginar una eternidad en la que ella no cree.

El tiempo se le ha arracimado. Lucero lleva tardes y tardes mirando tras el vidrio de su palomar la cadena montañosa con su cerro pico de águila que le cierra el horizonte, verde a veces, ocre y, en algún momento milagroso, coronada de nieve. Y más alto, mucho más alto, la techumbre de éter cubierta casi por almohadones o alfombras orientales que atrapan los ojos —espejismo voluptuoso— o por fardos de plomo que se arrojan a torrentes entre un zigzag de luz y, enseguida, el estruendo.

Aleja la vista para dejarla caer sobre el regazo donde reposan sus manos. Esas manos que han ido perdiendo su forma esbelta y dedos largos. Hace ya tiempo, cada vez que las observa encuentra nudos más visibles, más prominentes, más tristes. El tiempo le ha llovido en la piel con la fuerza de un aguacero de verano en este alto valle rodeado de montañas. En esta ciudad más tupida que las gotas de lodo que brotan en sus manos.

La magnificencia del celaje la conduce a la dicha visual y olvida momentáneamente el aspecto funesto. No quiere saber del curso de la vida incrustado en epidermis y huesos. Los rojos, los dorados intensos se van extendiendo tras el filo de la ventana. Lucero se estremece con la contemplación de este paisaje aéreo. Principia a pardear la tarde —piensa.

Entonces recuerda.

Recuerda cuando niña con aguja e hilo alargaba de prisa el vestido para terminar pronto la labor y salir a deslizarse en patines de la mano del muchachito que entonces creyó amar. Recuerda a quienes mucho amó y que se fueron.

Los rojos se deslíen, se van tornando lila, malva mientras la ígnea rueda sigue huyendo hacia los montes. Luz de imperturbable velocidad. Se ajusta los lentes, hace un intento y otro y otro más para ensartar la aguja. Acortará las orillas al pantalón que ya le arrastran —piensa mientras se observa de nuevo las manos.

¿Qué hace una mujer al pardear la tarde? —recuerda haberle preguntado a su amiga—. ¿Qué hace?

Casi puede mirar ahora la pulida imagen de Lucinda, hace tanto, tanto tiempo, siempre bajo la fronda del árbol, sin querer, sin saber bien qué responderle. También Lucinda cavilaba a estas horas cuando la tarde empieza a pardear, cuando pardean los pensamientos antes de que caiga la sombra. Hasta que un día huyó de la ciudad y se alojó a orillas del mar deseando entender.

Suspende el punteo en la tela, se alisa el pelo rebelde y abandona la prenda. Piensa en su propia rebeldía, en el vasto espacio de vida apasionada y profunda a la que se entregó, pero que ahora se estrecha. Lo sabe más corto, más arduo, más a solas. Quedito llega Lope a sus labios.

Que ayer maravilla fui
y hoy sombra mía aún no soy.

Lucero lanza los ojos a la intensidad azul casi negra del cielo y ahí los sujeta hasta que se desploma la noche. **u**